

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

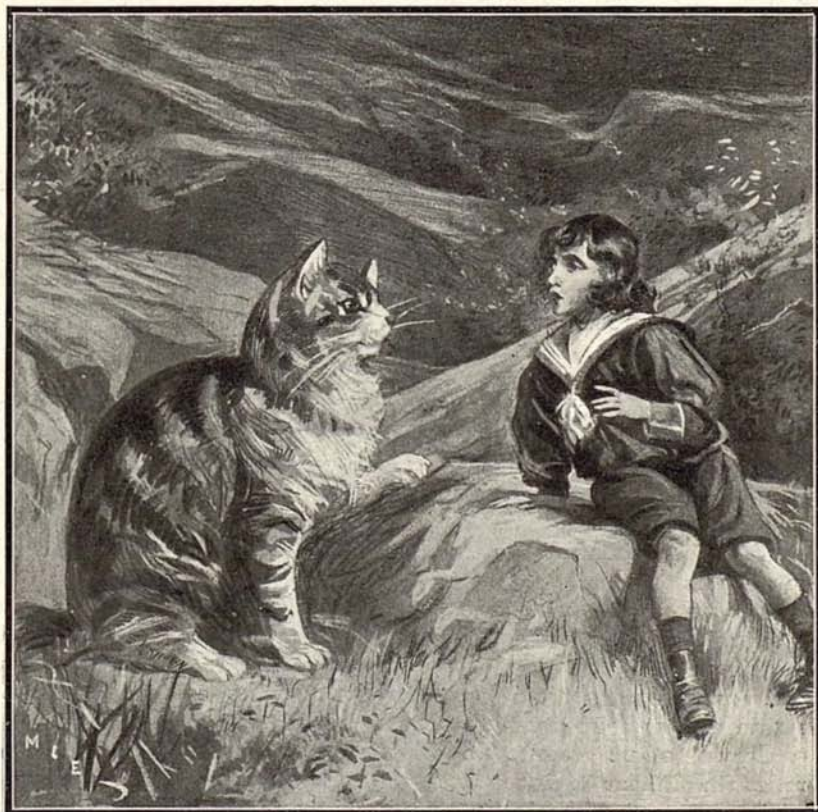


NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO III.

MADRID, 7 DE JUNIO DE 1908

NÚMERO 23



LA PLANTA DE LA VIDA

CONTINUACIÓN

IV. LA PESCA

Por fin apareció el enrejado del jardín donde estaba la planta de la vida, y su corazón se sintió inundado de júbilo. Iba andando todo lo de prisa que sus fuerzas se lo permitían, cuando de repente, y como

con el ansia de avanzar caminaba con la vista fija en lo alto, sintió resbalarse, dió un salto hacia detrás, y mirando en derredor suyo vió un foso lleno de agua bastante ancho, y tan largo que no se veían los extremos.

—Este es sin duda el último obstáculo de que el cuervo me habló—se dijo Enrique.—Así como el hada Bienhechora me ha ayudado á vencer los anteriores, también me socorrerá para que desaparezca éste. Ella es sin duda quien me ha enviado el gallo y el cuervo, así como al viejo, al gigante y al lobo. Esperemos que me ayude por última vez.

Después de reflexionar de esta manera, se puso á recorrer el foso por si encontraba su fin, pero al cabo de dos días de marcha se volvió á encontrar otra vez en el punto de partida.

Esta vez Enriquito no se afligió, y se sentó al borde del foso, diciendo:

—No me moveré de aquí hasta que el genio de la montaña venga en mi socorro.

Apenas había dicho esto cuando vió ante sí un enorme gato que se puso á maullar tan espantosamente que el niño se sobrecogió.

El gato le dijo:

—¿Qué vienes á hacer aquí? ¿No sabes que con mis garras podría despedazarte?

—No lo dudo, señor gato—contestó Enriquito,—pero espero que no lo haréis cuando sepáis que vengo á buscar la planta de la vida para curar á mi pobre mamá que se está muriendo. Si os dignaseis ayudarme á pasar este foso, yo haría todo cuanto quisieseis.

—¿De veras? Pues escucha; si puedes pescarme todos los peces que aquí viven y luego guisármelos ó salarlos, te haría pasar al otro lado, á fe de gato. Encontrarás todo cuanto precises sobre la arena. Cuando termines, llámame.

Enriquito dió algunos pasos y halló gran número de redes, sedales y anzuelos. Cogió una de las primeras, creyendo que de una vez sacaría una buena cantidad de peces y que le habría de ser más útil que los sedales. Arrojó la red, y con mucho cuidado comenzó á retirar-la, pero ¡qué desencanto!, estaba vacía.

Creyendo que era que no lo había hecho bien volvió á echar las redes sin obtener tampoco resultado. Como estaba dotado de gran paciencia, continuó haciendo probaturas durante diez días, sin que ni por casualidad cogiera un pez siquiera.

Entonces decidió abandonar la red y cogió el sedal. Lo arrojó al agua y esperó una, dos horas... y nada, ningún pez mordía el anzuelo. Por si la dificultad estribaba en que el sitio en que se hallaba no era á propósito para pescar, fué cambiando de lugar hasta que dió la vuelta al foso. Y en estas inútiles tentativas transcurrieron quince días. Entonces, y no sabiendo ya lo que hacer, pensó en el hada Bienhechora, que le abandonaba al final de su empresa, y lleno de tristeza se

sentó en el suelo contemplando el foso. En aquel momento el agua se agitó y vió aparecer la cabeza de una rana, que le dijo:

—Enriquito, tú me has salvado la vida, y yo te la quiero salvar á mi vez; si no cumples los deseos del gato de la montaña, éste te utilizará para que le sirvas de comida. Tú no puedes coger á los peces porque el foso es tan profundo que se refugian en lo más hondo, pero déjame hacer á mí, y mientras tanto, tú enciende el fuego para guisarlos y los toneles para salarlos, que yo me encargo de traerte todos cuantos haya.

Y en seguida se hundió en el agua, y el niño vió que ésta se agitaba como si se librase un combate dentro de ella. Al cabo de un minuto, la rana apareció y saltó á tierra, donde depositó un hermoso salmón que acababa de pescar.

Apenas Enriquito tuvo tiempo de apoderarse de él, cuando ya estaba allí otra vez la rana trayendo una carpa, y así continuó el agradecido animal durante sesenta días. Mientras tanto, Enriquito guisaba los peces grandes, y los pequeños los iba colocando en toneles y salándolos; al cabo de los dos meses, dijo la rana:

—No queda ni un solo pez en el agua, por tanto, ya puedes llamar al gato de la montaña.

El niño la dió las gracias más efusivas por la ayuda que le había prestado; el anfibio le tendió la pata, todavía mojada, en señal de amistad, y después que el valeroso muchacho la hubo estrechado, desapareció.

Continuará.





UNA VEGA DE TABACO

EL TABACO

Es el tabaco una planta anual, de hojas grandes, flores color de rosa, generalmente reunidas en grupos; su tallo es derecho, robusto, y suele alcanzar una altura hasta de dos metros en la época de su mayor desarrollo.

Es originaria de la América Central, aunque su cultivo se ha extendido á otros muchos países, entre ellos los del Mediodía y Centro de Europa; también se produce en algunas naciones del Norte (Holanda, por ejemplo); pero para que se pueda obtener en los países fríos, es necesario que el verano sea largo y caluroso, á fin de que la planta pueda alcanzar durante él su máximo desenvolvimiento, y se debe cuidar de que las plantaciones estén expuestas al Mediodía y en sitios lo más resguardados que sea posible de los vientos del Norte.

El fruto del tabaco lo constituyen unos granos extremadamente finos y pequeños que se siembran en vivero allá por el mes de Marzo, y los tallos jóvenes se trasplantan en Junio. La tierra ha de regarse con bastante frecuencia para conseguir que prendan las plantas, y es preciso que se quiten todas las hierbas malas que en ella crecen.

La cosecha de las hojas se comienza á hacer á fin de verano, cuando empiezan á ponerse amarillas. Se cortan en el punto de su nacimiento, á raíz del tallo en unos lados, y en otros se corta toda la planta al ras del suelo. Se dejan expuestas al sol y tendidas en tierra durante todo el día las hojas ó las plantas enteras que se han cortado; algunas horas después de puesto el sol se recoge la cosecha y se atan las hojas en unas cuerdas que se cuelgan al aire libre, con objeto de que se sequen.

Cuando se juzga que están suficientemente secas, se reúnen en

manojos de 25 ó 30 hojas, que se envuelven todas dentro de una de ellas, y estos manojos se apilan unos sobre otros para que la humedad que aún contienen haga que pierdan la dureza que el secado les había comunicado. Es preciso tener mucho cuidado de que no haya excesiva humedad en los manojos, á cuyo efecto habrán de vigilarse con mucho esmero, para que no estropeen á los que estén á su alrededor.

Después se clasifican las hojas según sus cualidades, pues unas son más finas, más oscuras y superiores á las otras, y cada clase tiene una aplicación distinta. Reunidas por categorías, se someten por espacio bastante largo á temperaturas que varían entre los 30 y los 40 grados, y se prensan después para despojarlas del exceso de agua que pueden conservar.

Se reúnen las hojas en paquetes de 400 á 500 kilogramos y se almacenan, sirviéndose de ellas luego para la fabricación de los cigarros puros, en los cuales se envuelven las hojas recortadas, que se llaman *tripa*, en otras más finas y de calidad superior, á las que se da el nombre de *capa*. El tabaco destinado á ser fumado en cigarrillos ó en pipa, se prepara recortando las hojas en forma de hebra ó picándolo, y una vez que las máquinas lo han hecho, se empaqueta y se pone á la venta. También se reducen á polvo fino las hojas cuando se quiere hacer *rapé* que se aspira por la nariz, ó se prensa en tabletas el que se destina á ser mascado. La moda del rapé y de mascar tabaco, que estuvo muy en boga hace bastante tiempo, ha pasado casi por completo.

Esta planta tiene más detractores que defensores; si bien es cierto que á mucha gente le sirve el tabaco como excitante del cerebro, ayudándole así en todo trabajo, es también exacto que puede causar perturbaciones en la salud.

El tabaco más apreciado se produce en la isla de Cuba, y, especialmente, en algunas de sus vegas, que han adquirido con ello renombre universal; la famosa de Vuelta Abajo, por ejemplo.

Cuando el descubrimiento de América, observaron los conquistadores que los indios fumaban, y, por espíritu de imitación, se decidieron á hacerlo también.

JUAN ANTÓN





CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

XIX

Y la ma' de contenta salió con la *miss* y fuimos á la casa aquella. Subí corriendo y di dos patadas en la puer'ta de los viejecitos; pero no me abrieron

—¡*Miss!*—grité, porque ella subía más despacio.—¡*Miss!* ¡Que no me quieren abrir! ¿Doy más patadas?

—No, niña—dijo ella;—yo preguntaré al portero; espérate ahí.

Me senté en un escalón y esperé un ratito. La *miss* subió con una cara muy triste.

—No llames, Pilarcita, que no te abrirán.

—¿Se han ido á paseo? ¿Están ya buenos?

—Ni están buenos ni se han ido á paseo; pero no les hace falta nada.

—¿Por qué?

—Porque se han muerto.

—¿Y qué es morirse?

—Algo que tú no puedes comprender todavía.

—¿Ni en francés ni en español lo entenderé?

—De ninguna manera.

—¿Y qué hacemos ahora? Yo quiero ver á Luis. ¿Se habrá muerto también? ¿Y su mamá amarilla se habrá muerto?

—No, hija; esos están vivos. ¿Y el dinero?

—Aquí lo traigo; pero ¿qué haré con lo que iba á dar á los viejos?

—Lo que tú quieras

—Bueno, ya lo pensaré; vamos á llamar á la puerta de Luis.

Y llamamos. ¡Qué contento se puso Luisito cuando me vió!

—¡Qué gusto verte otra vez, Piluca!

- ¡Anda, qué raro
- ¿Es raro que me dé gusto?
- No, tonto; lo raro es que me hace gracia oírte á ti llamarme Piluca, y si lo dicen los demás me da coraje. ¿Por qué será?
- Será...—dijo Luis.—Pues... no sé por qué será.
- Ni yo tampoco. ¿Y tu mamá?
- Está mejor, gracias á las buenas almas... y a ti, que nos trajiste la suerte.
- ¿También soy yo buena alma?—pregunté.
- ¡Ya lo creo! Desde aquel bendito duro que tú me diste, parece que la desgracia se va de esta casa, y comemos casi todos los días y mi mamá mejora.
- ¡Ay, qué gusto! ¿De manera que tú también dices que soy buena? La *miss* lo dice, pero yo no lo creo, y si tú me lo dices sí que lo creeré.
- Eres muy buena, Piluquita; yo rezo todos los días para que Dios te haga feliz.
- Mira, Luisito, no digas esas cosas, porque me van á dar ganas de llorar, y yo no he venido á hacer pucheritos, sino á jugar contigo. ¿Sabes jugar al *diábolo*?
- No—dijo él.
- ¡Anda! ¡Pues es más divertido! Yo sé tirarlo muy alto, muy alto, y... dejarlo caer unas veces en la cuerda y otras en cualquier cabeza. ¿Es eso ser mala? Mira, Luisito, yo no lo puedo remediar, pero tengo declarada la guerra á las cabezas. Pero ya voy á procurar corregirme, porque dice mi papá que si hago esas cosas es que tengo un diablo en la tripa y me le quieren sacar.
- ¡Qué barbaridad!—exclamó Luis.
- Lo mismito digo yo, chico.
- Sí; pero no hagas cosas malas.
- Bueno, no las haré; pero á ti también te gustaría eso. Mira, verás lo que vamos á hacer: yo traía aquí tres duros para ti y dos para esos viejos que se han muerto; se los pedí á mi papá para vosotros; bueno, pues te doy á ti los cinco y te compras un *diábolo*, á ver si tú eres mejor que yo.
- ¿Y tú te quedarás sin dinero?—preguntó Luis.
- ¡Calla, tonto!—le dije.—¡Si á mí no me hace falta! Yo tengo muchas cosas, y además todo lo que quiero comprar cuesta mucho.

M. B. ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO





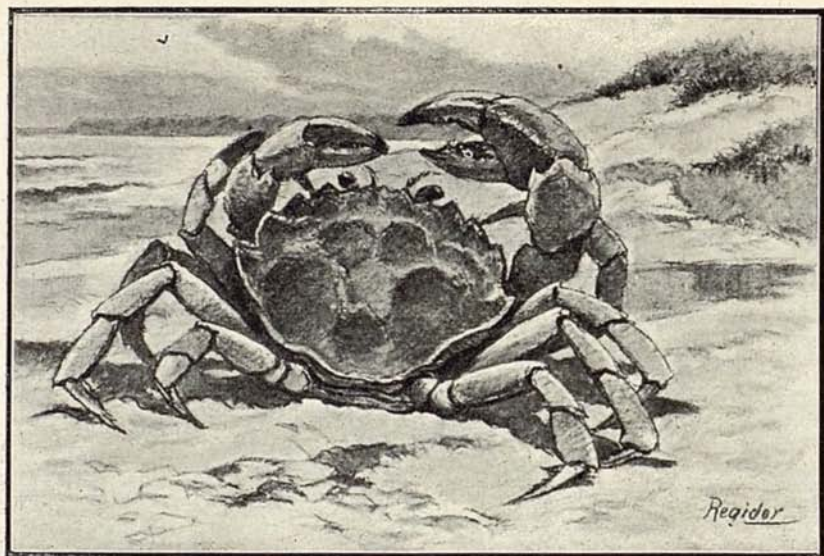
EL FORO ROMANO

El lugar más célebre de la antigua Roma puede considerarse que era el Foro, llamado Romano por la antigüedad de su fundación, no solamente porque en él celebraban sus Asambleas el Senado y el pueblo, sino por la magnificencia de los edificios de que estaba adornado el Foro. En su origen fué mercado.

Las excavaciones hechas en diversas épocas manifiestan que continuó existiendo el Foro Romano hasta mediados del siglo XI, y que su ruina total data de los acontecimientos del año 1084, cuando Roberto Guiscard

incendió y saqueó esta parte de Roma defendiendo á Gregorio VII. Estaba rodeado de un pórtico de dos pisos, con tiendas en el inferior y oficinas en el otro. En el medio de su parte meridional estaba la *Curia* ó sala del Senado, y á la derecha de ésta el *Comitium*, asamblea popular.

Los templos de Vesta y de Julio César, la basílica Julia, el templo de Saturno, el circo de Tiberio y otros importantes monumentos formaban parte del famoso Foro, en el que se practican actualmente excavaciones interesantes



EL CANGREJO

Qué me importa que la gente diga que mi cuerpo rechoncho es muy feo; que mis cinco pares de patas sólo me sirven para andar mal; que mis ojos, por lo diminutos y mal dispuestos, parecen cualquier cosa antes que ojos, y que soy, por andar hacia atrás, emblema de la retrogradación y estandarte de los enemigos del progreso...?

Esto decía un cangrejo que vivía en una playa levantina no lejos de un humilde pueblcillo de pescadores.

Este cangrejo, como todos los de su especie, era muy voraz. Imaginábase que la Naturaleza se había entretenido en crear toda aquella muchedumbre de pequeños seres que le rodeaban para regodeo de su insaciable estómago; y tan á punta de lanza tomaba esta idea suya que, desde que salía el sol hasta que se ponía, no hacía más que cazar y engullir como si sólo hubiera nacido para tales menesteres. Cuando, escondido bajo una piedra ó metido entre un yerbazo marino, se ponía á esperar á sus víctimas, estaba verdaderamente repulsivo. Su rechoncho cuerpo, inclinado hacia adelante, adquiría bajo la fluctuante capa de las aguas marinas una tonalidad entre verde y amarillenta; sus estrambóticas patas, plegadas á los costados, estaban prontas á extenderse para el ataque; sus cortísimas antenas manteníanse erguidas como púas de acero; su disforme garra separábase un poco del cuerpo, y sus pequeñuelos ojos avizoraban á su alrededor fulgurando siniestramente. De pronto pasaba á su alcance un diminuto talitro, cualquier bicho que despertara su apetito, acaso, acaso algún pequeño cangrejo, y nuestro cazador, rápido como el resplandecer de un relámpago, lanzábase de

su esron-dite, se precipitaba sobre el infeliz descuidado y lo devoraba en menos tiempo del que se necesita para decirlo. Y el cruel, en vez de conmovirse al escuchar los angustiosos ayes de sus víctimas, cuando las sentía crujir y desmenuzarse, cuando las trituraba, cuando comprendía que las desgraciadas exhalaban el último suspiro, lleno él de satisfacción, solía increparlas de ésta ó parecida manera:

—¿Todavía os lamentáis cuando nunca pudisteis soñar con el honor de ser devoradas por un cangrejo...?

Pero estando el tal un día, como de costumbre, al acecho de nuevas víctimas, sintió sobre él un estuendoso golpe, á cuyo ímpetu se enturbiaron y soliviantaron las casi quietas aguas. Asustado nuestro héroe, quiso huir; pero notó que estaba encerrado entre las triples mallas de una red de trasmallo y cuando, arrastrado á la playa, pensó impetrar piedad del pescador, vió que éste, tranquilo, sonriente y orgulloso de



su magnífico golpe de red, ni siquiera se fijaba en él. Con este motivo empezó á lamentarse tristemente, y habiéndole oído uno de sus muchos compañeros de prisión que en tiempos estuvo á punto de ser devorado por él, le dijo con socarronería:

—¿Por qué te lamentas, venerable cangrejo? ¿Acaso el servir de alimento al hombre no es para ti gran honor...?

José A. LUENGO.



PERSONAJES HISTÓRICOS

EL DUQUE DE ALBA

Don Fernando Alvarez de Toledo, ilustre general español, nació en Piedrahita de Avila en el año 1507, y era nieto de D. Fadrique, duque de Alba.

A los diez y siete años de edad dejó D. Fernando la casa paterna y se presentó en el ejército del condestable D. Íñigo de Velasco, que estaba sitiando á Fuenterrabía, que entonces se hallaba en poder de Francia. Heredó el título de su abuelo, se casó con una hija de los condes de Alba de Liste y pasó á Alemania á combatir contra el turco en el ejército de Carlos V. Tomó parte en 1535 en la expedición contra Túnez, y fué con el Emperador á Italia.

Durante la cuarta guerra con Francisco I tuvo á su cargo la defensa de la frontera francesa y costas de Cataluña. Cuando en 1543 se ausentó, el Emperador le nombró capitán general del Reino, y muy pronto hubo de llamarle para combatir á los príncipes luteranos.

En esta campaña destruyó el duque de Alba un ejército de 100.000 hombres y 130 cañones, sin haber dado ni una sola batalla.

En la región del Elba combatió la rebeldía de Sajonia, y ganó la famosa batalla de Muhlberg, en la que cayó prisionero el Elector.

Regresó á España, y fué mayordomo mayor del príncipe D. Felipe. Después, por intrigas del príncipe de Eboli, á quien hacía sombra en la corte, fué enviado de gobernador de Milán y virrey de Nápoles.

Al subir al trono Felipe II, confió siempre la dirección de sus grandes campañas al duque de Alba. En 1565, los edictos del Rey, ordenando se cumpliesen los acuerdos del Concilio de Trento y la persecución y castigo de los luteranos provocaron insurrecciones en Flandes, y Felipe II envió al duque de Alba con un ejército y plenos poderes. Instituyó el duque un tribunal de doce personas, bajo su presidencia, conocido por el nombre de *Tribunal de la Sangre*.

Invadió el príncipe de Orange los Países Bajos, y una de las columnas que penetraron por el Norte, al mando de Luis y Adolfo de Nassan, derrotó á los españoles. Al saber el duque este descalabro, pronunció sentencia de muerte contra Guillermo y su hermano, mandó decapitar á 18 señores flamencos en la plaza de Bruselas y á los condes de Egmont y Horn, y en seguida derrotó á Luis Nassan, y ocho días después quedaban los rebeldes completamente derrotados.

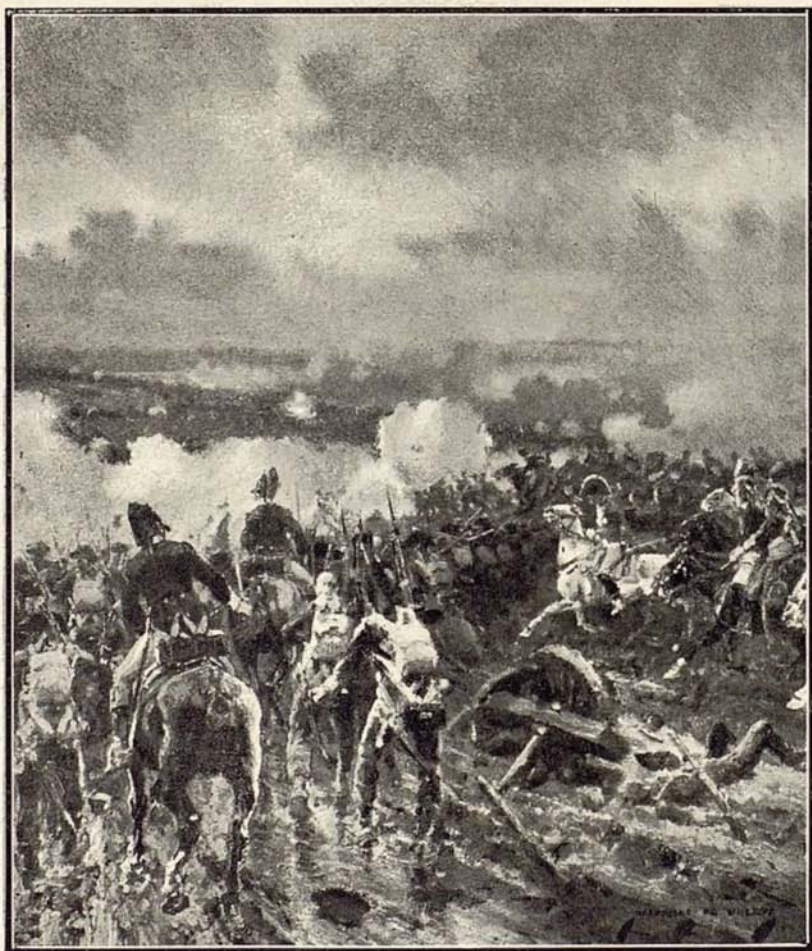
Se dedicó después á perseguir constantemente al príncipe de Orange, hasta obligarle á abandonar á Flandes con unos 500 hombres que le quedaban del lucido ejército con que empezó la campaña.

Intrigas de la corte causáronle graves disgustos, y pidió su relevo, regresando á España, y por cuestiones promovidas por su hijo, el Rey le confió en Ureda, pero pronto le confió el mando del ejército contra Portugal. El éxito de su campaña fué grande; pero el resentimiento del Rey con el duque perduró á pesar de sus triunfos, y los últimos años de su vida fueron tristes. Murió á los setenta y cuatro años en Lisboa.



Ayuntamiento de Madrid





LA BATALLA DE ALBUERA

Entre las batallas más famosas que se libraron en España durante la guerra de la Independencia, merece citarse en muy preferente lugar la batalla de Albuera. El día 16 de Mayo de 1811, el Ejército hispano-anglo-lusitano, que mandaban el general español Castaños y el inglés Beresford, tomó posiciones en los alrededores de la villa de Albuera. El ala izquierda de esta línea la formaban 800 portugueses; 10.000 ingleses, el centro, y 10.000 españoles, la derecha. En la retaguardia figuraban 2.000 jinetes de las tres naciones aliadas.

Veintisiete mil franceses, á las órdenes del mariscal Lout, intentaron romper la línea enemiga; pero fueron cuatro veces rechazados y tuvieron que repasar la ribera de Albuera.

CASCARRABIAS



Jacobo, desde pequeño, ya mostraba claramente un geniecillo endemoniado.



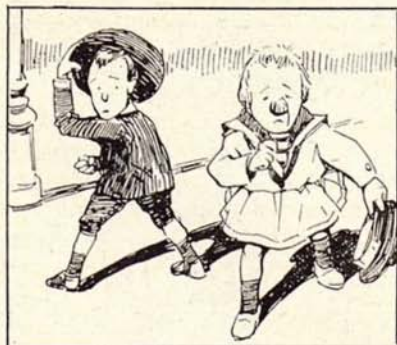
Aún no levantaba un palmo del suelo y ya ni su *bonne* podía con él...



En el Retiro era el terror de sus camaradas, que le huían como á *la peste*.



Porque un día zurraba sin compasión al que con él jugaba...



Bien que en alguna ocasión *sacaba* la nariz como un *tomate*...



Otro mordía al que se antojaba á sus perversos instintos.



Aunque le costase un ojo de la cara u feroz capricho...



A veces tiraba cruelmente del pelo á una niña.



Lo que solía proporcionarle un regular tirón de orejas...



Y hasta tiraba tierra á los ojos de los otros niños...



Llevándose en recompensa varios arañazos...



Resultando que al cumplir los ocho años, Jacobo estaba más feo que un lobo.